

ACADEMIA Y CULTURA DE PAZ

Gildardo Lotero Orozco

**“Queremos que la cultura de la paz supere la cultura de la muerte”
(Alberto Giraldo Jaramillo, Arzobispo de Medellín)¹**

El 1 de marzo de este año, año de la Cultura de la Paz, según declaración de la UNESCO, monseñor Alberto Giraldo Jaramillo, en reunión que tuvo lugar en uno de los auditorios de la Universidad, expresó en forma clara la voluntad de la Iglesia local de orientar la acción universitaria hacia un compromiso con la paz de nuestro país. El contenido de su breve intervención, *Hacia una cultura de paz en Colombia*, consignado después en una publicación universitaria (Diálogos de la Catedral, UPB, 2000), demarcó, a mi juicio, el sendero por el que debe transitar el académico comprometido con las obras educativas de la Iglesia, ante la situación existencial (“urgencia histórica en Colombia”, la llamó él) de contribuir, dentro de nuestras posibilidades y competencias, a la construcción de una cultura de la paz. En aquella ocasión, Monseñor, además de manifestar la voluntad de la Iglesia y de la Universidad de actuar en el sentido de que en Colombia llegue a prevalecer la cultura de la paz sobre la cultura de la muerte, formuló una invitación a los asistentes, la mayoría académicos, para que advirtieran un compromiso consciente y efectivo con esta tarea.

¹ GIRALDO JARAMILLO, Alberto (Mons.) “Hacia una cultura de paz en Colombia” En: Diálogos de la Catedral. Medellín: Editorial UPB, marzo 1 de 2000 p. 5-13

No es mi intención en este artículo reproducir las ideas e iniciativas presentadas por el Señor Arzobispo aquella vez, ni siquiera hacer un resumen del contenido de su mensaje, sino destacar el enunciado "queremos que una cultura de la paz supere una cultura de la muerte" y parafrasearlo desde una perspectiva meramente académica, formulándome algunos interrogantes y tratando de responderlos.

1. Un primer interrogante: ¿Cuáles son las posibilidades y cuáles las competencias del colectivo académico en la construcción de una cultura de la paz que prevalezca sobre la de la muerte? Estas posibilidades y competencias, se pueden determinar, en el mensaje del Señor Arzobispo, dentro del marco de referencia establecido por él: **el diálogo**. Las comunidades académicas son por esencia y por vocación comunidades dialogantes. El diálogo es el sistema circulatorio del organismo académico. Cuando su funcionamiento presenta anomalías o distorsiones, la vida académica languidece y termina extinguiéndose. Cada vez que los académicos se encuentran para dialogar, y dialogan efectivamente, están dando cumplimiento a su misión de operarios en la construcción de una cultura de la paz o cultura del diálogo. De ahí que la academia en el sentido histórico de su creación en Grecia (los jardines de Academo) sea el lugar privilegiado de encuentro para dialogar, para comentar juntos, para compartir y discutir opiniones, para construir conjuntamente **el saber**, otra de las denominaciones, la más académica, de la cultura. Decía el Arzobispo en el preámbulo de su intervención: **El nombre que hemos dado**

a estos encuentros, DIÁLOGOS DE LA CATEDRAL, señala una intención de este servidor con las personas que en Medellín tienen una responsabilidad como dirigentes. Me parece importante encontrar un espacio en el que podamos comentar juntos, algunas de las grandes preocupaciones que, desde mi responsabilidad evangelizadora, considero urgentes.²

Si la academia es un espacio en el que se puede comentar juntos, un sitio en el que se puede dialogar, no lo es solamente por exclusión, es decir, porque los demás espacios de encuentro ciudadano estén cerrados para el verdadero diálogo. Lo es por razones todavía más poderosas: el **destino histórico** de las instituciones académicas y sus **ideales corporativos**. Ambas convierten el diálogo, por definición participativo y humanizante, en la piedra angular de una paz construida *academico modo*.

2. El destino histórico de la vida académica no es difícil de descifrar habida cuenta de sus antecedentes. La academia se inventó para la creación y la recreación de la cultura (ciencia, arte, saber social y religión) en un diálogo permanente entre disciplinas, entre maestros y discípulos, sabios e investigadores, conocimiento y realidad, academia y sociedad, pasado y futuro. Con un único fin: la cada vez mayor humanización de sus miembros mediante una interacción discursiva. La academia (la escuela), en todas las culturas, apareció para el mejoramiento del ser humano. Si esta misión no es clara o aparece negligentemente olvidada, la vida académica se degrada o se extingue, como también desaparece si "las grandes pre-

² *Ibidem* p. 5



ocupaciones y urgencias”, como las llama monseñor Giraldo, las directamente relacionadas con el proceso de humanización, dejan de ser contenido de comentario y de diálogo.

Además de un espacio, la academia es un tiempo, es también un momento histórico de reflexión y de diálogo, en la vida social e individual. Esta dimensión temporal de lo académico comúnmente pasa desapercibida; se piensa lo académico como un lugar y no como una temporalidad comprendida dentro de una temporalidad mayor, la del devenir histórico de la de la sociedad que la hizo posible. Se sacrifica con facilidad la visión del presente en aras de la tradición o del porvenir. Al respecto fue también muy explícita la admonición del Arzobispo: **Comprendemos que también en este año – se refería al Año del Jubileo – escribimos una página de nuestra historia personal y de la historia de nuestra Patria, con el Señor Jesucristo.**³

El diálogo en la vida académica, que supone tanto la respuesta como la pregun-

ta sobre el dónde y el cuándo, no es sólo una de tantas posibilidades del ejercicio académico o una práctica académica más, es el destino histórico de las sociedades académicas, su autoafirmación en el tiempo y en el espacio, es decir, una necesidad consciente expresada y sentida o, en palabras de Heidegger (La Autoafirmación de la Universidad Alemana, 1933), una “voluntad esencial” de instituir un “mundo espiritual” dentro de circunstancias particulares históricas y geográficas. **Mundo espiritual:** una manera distinta de referencia a la cultura de la paz o cultura de la vida.

3. Los **ideales corporativos** del diálogo en su función humanizante son en su fundamento tres: **libertad, responsabilidad y respeto**. Mucho se ha hablado de las libertades académicas (libertad de cátedra, libertad de expresión, autonomía universitaria...), todas ellas formas particulares de un deber y derecho académico fundamental: **la pregunta**⁴, la interpelación, el cuestionamiento, como ejercicio de la libertad académica fundamental. Sin preguntas no hay respuestas, y sin respuestas

³ Idem.

⁴ Hans-Georg Gadamer explica con mucha claridad y fuerza argumentativa el valor de la pregunta dentro de la cultura académica e investigativa. Por la utilidad que representa esta explicación para quienes estén empeñados como académicos en la construcción de una cultura del diálogo, la incluyo completa: **No hay ningún enunciado – dice Gadamer – que se pueda entender únicamente por el contenido que propone, si se quiere comprenderlo en su verdad. Cada enunciado tiene su motivación. Cada enunciado tiene unos presupuestos que él no enuncia. Sólo quien medita también sobre estos presupuestos, puede sopesar realmente la verdad de un enunciado. Ahora bien, mi tesis es que la última forma lógica de esa motivación de todo enunciado es la pregunta. No es el juicio sino la pregunta lo que tiene prioridad en la lógica, como confirman históricamente el diálogo platónico y el origen dialéctico de la lógica griega. Pero la prioridad de la pregunta frente al enunciado significa que éste es esencialmente una respuesta. No hay ningún enunciado que no sea esencialmente una especie de respuesta. Por eso la comprensión de un enunciado tiene como única norma suprema la comprensión de la pregunta a la que responde. Esto suena a obviedad y todos lo conocen por su experiencia vital. Si alguien hace una afirmación que no se entiende, se intenta aclarar cómo ha llegado a ella. ¿Cuál es la pregunta formulada a la que su enunciado da respuesta? Y si se trata de un enunciado que parece verdadero, hay que cotejarlo con el enunciado a la que la pregunta pretende dar respuesta. No siempre será fácil encontrar la pregunta a la que el enunciado parece dar respuesta. No es fácil, sobre todo, porque una pregunta tampoco es un primer**

no hay saber ni ciencia. Ese preguntar como "la figura suprema del saber" (Heidegger, Opus cit.) es un componente esencial de la vida académica y científica cuando existe un compromiso real con la verdad y el conocimiento, vale decir, cuando el diálogo se ha instituido y la cultura de la paz está en construcción. El mundo académico, al igual que el de la filosofía y el de la ciencia, debe aparecer, en su urdimbre, entretejido por preguntas y respuestas en relación dialéctica. Preguntar es lo propio del académico, como también lo es del hombre libre. Porque es libre (está libre) del poder político, la academia puede interpelar a la sociedad (investigarla), pero también, porque puede interpelar a la sociedad, es libre. Parece un simple retruécano, pero es el enunciado que mejor representa la doble naturaleza de las instituciones académicas.

4. **La responsabilidad**, como ideal valorativo del diálogo, está medida en la academia por la capacidad de ésta para dejarse interpelar y de favorecer la interpelación. Un colectivo académico comprometido con la cultura de la paz defiende los ideales de **la tolerancia**. Porque es tolerante, la cultura académica es pacífica, pacifista y abierta a las demás culturas, es democrática y plural porque hace de la diversidad y de la diferencia

las fuentes de su propio enriquecimiento. Lo suyo es "el pacifismo por reflexión", definido por Raymond Aron como "el convencimiento razonable de que la guerra moderna es siempre una catástrofe para sus víctimas, para aquellos cuyo territorio sirve de campo de batalla."⁵ En la racionalidad de este convencimiento se afina la seguridad del académico de que la cultura de la paz y de la vida prevalecerá sobre cualquiera de las iniciativas de la cultura de la muerte. Para quien la búsqueda del conocimiento y la formación científica trascienden los estrechos límites de la existencia personal, la muerte no puede ser considerada más que un absurdo. Por eso la misma vocación del académico, su misma condición de trabajador intelectual lo impele a superar la cultura de la muerte y a hacer del pacifismo racional su *modus vivendi*.

También su capacidad de investigar y comprender racionalmente la dinámica de los conflictos de aquella sociedad que lo interpela a diario, buscando y proponiendo soluciones creadoras y constructivas. En relación con este aspecto, afirma Adolfo León Atehortúa: "Educar para la paz no consiste en enseñar a dibujar palomas o a ensalzar escenas bucólicas. Esto equivaldría a educar para la ingenuidad. Estudiar para la paz implica cono-

elemento al que podemos trasladarnos a voluntad. Toda pregunta es a su vez respuesta. Tal es la dialéctica en la que nos hallamos inmersos. Toda pregunta tiene su motivación. Tampoco es posible dar plenamente con su sentido. Si antes me refería a los problemas de alejandrismo que amenazan a nuestra cultura científica en cuanto que esta oscurece nuestra originalidad del preguntar, las raíces se encuentran aquí. Lo decisivo, el núcleo del investigador científico, consiste en ver las preguntas. Pero ver las preguntas es poder abrir lo que domina todo nuestro pensar y conocer como una capa cerrada y opaca de prejuicios asimilados. Lo que constituye al investigador como tal es la capacidad de apertura para ver nuevas preguntas y posibilitar nuevas respuestas. Un enunciado encuentra su horizonte de sentido en la situación, de la que procede. (GADAMER, Hans-Georg. "Qué es la verdad? (1957)" En: Verdad y Método (II). Salamanca: Sígueme, 1994 p. 58-59

⁵ ARON, Raymon. "Introducción" En: Max Weber. El Político y el Científico. Madrid: Alianza Editorial, 1997 p.37

cer la dinámica del conflicto de la violencia y la guerra. Significa tratar de comprender los conflictos, aceptarlos como algo consustancial a la naturaleza humana y rodearlos con una perspectiva positiva, creadora.”⁶

4. **El respeto** es el tercero de los fundamentos del diálogo académico. Sólo el respeto modera los excesos de la libertad de expresión y de interpelación, para que no se traduzcan en anarquía, arbitrariedad y libertinaje; sólo el respeto regula los excesos de responsabilidad que coartan la libertad de opinar y la autonomía individual; sólo el respeto hacia sí mismo y a la conciencia de la propia dignidad se encarga de establecerle límites a la tolerancia. Respeto que se fundamenta en una normatividad clara en la que se establecen la metodología y los presupuestos de la interacción dialogal. Respeto que tiene, como última instancia de su fundamentación racional, el respeto a los derechos humanos, otra manera de concebir la paz: **La paz – dice el Papa- se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre.**⁷

5. **Un segundo interrogante:** ¿Se puede establecer alguna pauta de acción académica externa comprometida con la prevalencia de la cultura de la paz? Este interrogante, valorado a la manera gadameriana (Cfr. Nota 4), aparece motivado en la siguiente respuesta: Se necesitan pautas de acción académica para contrarrestar, en la sociedad, el progreso y los efectos de la cultura de la muerte. ¿Cuá-

les? Siguiendo la recomendación del Señor Arzobispo de que **la cultura de la paz se va edificando poco a poco con acciones y signos que ayudan a tomar conciencia de la realidad y a encontrar respuestas a los diversos desafíos.**⁸ Nuestra academia universitaria, entre los siguientes, ha venido desarrollando y considerando algunos:

- Programación de encuentros interdisciplinarios para dialogar sobre el tema de la construcción de la cultura de la paz.
- Presencia y participación de académicos en debates públicos y en reuniones privadas en los que la finalidad sea contribuir a la solución de conflictos y edificar la paz.
- Producción intelectual escrita y presentación en los medios masivos de investigaciones que lleven a interpelar, pero también a responder, las acciones y omisiones de los agentes de violencia.
- Manifestaciones públicas de rechazo, como marchas pacíficas y comunicados a la opinión pública, para expresar el rechazo a la violación de los Derechos Humanos y el “pacifismo racional” de la gente de estudio.
- Regulación y evaluación de aquellas prácticas y rutinas de la vida académica en las que se aprecie que se desconocen los valores normativos del diálogo: la libertad de expresión, la responsabilidad interpelativa y el respeto.

⁶ ATEHORTÚA CRUZ, Adolfo León. “Apuntes acerca de la educación y la investigación para la paz”. Revista Politeia No. 22. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia p. 76

⁷ Citado por monseñor Giraldo en su intervención p.8

⁸ Opus cit. p. 13

6. Un interrogante final: ¿Qué más pueden hacer quienes comparten la vida académica para lograr que en nuestro país la cultura de la paz supere la cultura de la muerte? Revestirse denodadamente de confianza en su trabajo, de esperanza en el destino histórico del diálogo, y de fe en la prevalencia de la racionalidad en el resultado final y en la solución de las crisis provocadas por la reorganización social. El académico debe confiar en que la cultura de la paz triunfará finalmente sobre la cultura de la guerra y de la muerte.

En 1936, en los comienzos de la Guerra Civil de España, se presentó en la Universidad de Salamanca cuyo rector en ese entonces era don Miguel de Unamuno, un incidente que por lo significativo merece ser traído a colación para ilustrar este interrogante final. Fue con ocasión de la presencia en la Universidad del general Millán Astray, caudillo falangista. Millán, interrumpiendo un discurso del

Unamuno, lanzó, vitoreado por sus copartidarios, la proclama "Viva la muerte, muera la inteligencia". La réplica del académico no se hizo esperar: "Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os hace falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedirnos que penseis en España."⁹

Hay 84 años de diferencia y muchos kilómetros de distancia entre nuestra situación actual y aquella que vivió aquella vez la comunidad académica de Salamanca. Sin embargo el conflicto en cuestión es el mismo: el enfrentamiento entre la cultura universitaria de la paz y la cultura de la guerra. La respuesta sigue también sigue siendo la misma: La academia sólo puede luchar con las armas de la racionalidad y del diálogo

⁹ Anécdota histórica reseñada por Erich Fromm para ilustrar los dos tipos de cultura: la de la muerte (necrófila) y la de la vida (biófila). Fromm, con la sola inclusión del relato de este incidente de la historia de la universidad de Salamanca, tipifica la vocación de la intelectualidad académica como de carácter biófilo y, por consiguiente, antinecológico. (FROMM, Erich. *El Corazón del Hombre*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1992 p. 37